

Contribuciones

Santiago Wallace y su legado para una antropología política del trabajo y los trabajadores en Argentina

Virginia Manzano

FFyL-UBA/CONICET
virginiamanzan@gmail.com

Recuperar el legado del antropólogo argentino Santiago Wallace (1947-1998) para los estudios del trabajo y los trabajadores no puede tomar otra forma que no sea la de una labor colectiva de tejido. El nombre Santiago Wallace activa profundos sentimientos que provocan todas aquellas palabras que utilizamos para calificar nuestros vínculos con él tales como generosidad, humildad, pasión, afectos, militancia, política, solidaridad, camaradería, calidez, fraternidad, solidez, debate y tragedia. Pensar en Santiago es pensar en el Santiago profesor, investigador, formador de nuevas generaciones y compañero, tanto en el sentido de afecto cotidiano como en el sentido que este último término connota para la militancia política popular en Argentina. Por todo ello, este escrito estará atravesado por dos dimensiones íntimamente articuladas entre sí que hacen a su potente legado, por un lado, precisaré y comentaré las principales líneas de investigación que llevó adelante para mostrar su aporte sustantivo a la construcción de una perspectiva política para el estudio antropológico del trabajo y los trabajadores; por otro, me referiré a su pedagogía, política y afectiva, que nos entrelazó a muchos de nosotras y nosotros en el encuentro mutuo en tiempos de fragmentación social y carreras académicas individualizadas. A raíz de los vínculos que el propio Santiago fue entretejiendo, este homenaje se sustenta en un texto central pero que ensambla escritos diversos, especialmente elaborados para esta ocasión por Marcelo Pautasso,



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Los autores conservan sus derechos

Josefina Martínez, Silvia Simonassi, Gloria Rodríguez, Marta Abonizio y María Cristina Cravino.

Santiago nació el 14 de mayo de 1947 en la localidad de Magdalena, un pueblo de la provincia de Buenos Aires cercano a la Ciudad de La Plata, y falleció trágicamente junto a su esposa Nilda Zubieta, también antropóloga, cuando un auto envistió a ambos el 26 de marzo de 1998 en la ciudad de Mar del Plata. Al momento de su muerte, Santiago se desempeñaba como Profesor Adjunto en la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires, de la cual había sido su director. También era parte de la planta docente de la Universidad Nacional de La Plata y de la carrea de antropología de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires en la sede Olavarría. Hacía el año 1998, cuando lo encontró la muerte, yo era una de sus dos tesisistas con quienes intentaba relanzar la línea de investigación sobre subjetividad y trabajo después de varios años de haber concluido su imponente investigación sobre procesos de salud-enfermedad entre trabajadores cervancieros, sobre la cual me detendré en extenso en este escrito. Sin embargo, el trabajo y los trabajadores fueron temas centrales y permanentes en la vida política y académica de Santiago, sea cuando orientó investigaciones sobre movimientos sociales o cuando formó un equipo dedicado al estudio de HIV y usuarios de droga en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Subyacía a estos dos temas, en un contexto signado por el asalto neoliberal al trabajo, su preocupación medular acerca de las condiciones de vida de los sectores populares y sus experiencias frente a cambios profundos en los modos de trabajo y de organización gremial y política. De esa manera, ya a mediados de los años noventa, adelantaba algunos temas que se volverían centrales para el campo académico como fueron la relación entre el empleo y el desempleo, las configuraciones de trabajadores urbanos resultantes de la multiplicidad de formas de ocupación, los espacios de trabajo como nuevos ensamblajes entre la fábrica y la ciudad, las características de la organización colectiva y política poniendo en discusión la categoría de movimiento social, y los procesos de fragmentación, fragilidad y sufrimiento social. En particular, estaba obsesionado por conocer cómo se expresaba la relación etaria en prácticas y actitudes, que en las fábricas solía manifestarse en términos de *trabajadores viejos y estables vs. Jóvenes y contratados*, y en las unidades domésticas entre una antigua generación influida por idearios de ascenso social a través de concepciones de trabajo duro y sacrificado, y los jóvenes desplazados de la producción fabril, frecuentemente captados a través del consumo en los barrios populares, como el universo de usuarios de drogas con el que entró en contacto en su última investigación: pibes provenientes de familias obreras, habitando

antiguos cordones industriales, desesperanzados pero reconstituyéndose a sí mismos.

Sin lugar a duda, la experiencia vital que articulaba todas las reflexiones e inquietudes de Santiago era la política, forjada en su experiencia de militancia en organizaciones revolucionarias durante la década del '70 en Argentina. Al respecto, el historiador Roberto Baschetti, quien ha recuperado esas trayectorias en un registro denominado "Militantes del peronismo revolucionario uno por uno", cuando se refiere a Santiago Wallace comenta:

"Militante del Peronismo de Base (PB) y las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) en La Plata, junto a su esposa Nilda Zubieta. A él se lo conocía con el nombre 'Rodolfo'. Allí desarrolló trabajo territorial durante varios años y luego sindical en Propulsora Siderúrgica y Astilleros Río Santiago. En 1975 fue detenido junto al 'Pato' Rave- dirigente sindical en Propulsora- mientras realizaban una tarea para la organización. Torturados en una comisaria de Berisso, no entregaron ninguna información útil para los 'interrogadores' a pesar de que 'Rodolfo' conocía y mucho al ser miembro de la Dirección Regional de las FAP. (...) Por diferencias políticas, Wallace, a fines de 1976 se separa de las FAP, situación que no le impide mantener una actitud fraternal y solidaria con sus ex-compañeros aún en difíciles condiciones de seguridad durante toda la dictadura militar. (...)"

A pocos días de la muerte de Santiago, el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (FILO-UBA) se colmó de asistentes para rendirle homenaje. En esa ocasión se recitaron poemas, se pronunciaron discursos y se alzó un llanto colectivo por su trágica muerte entremezclado con un aplauso cerrado e infinito por su vida. En ese evento, organizado por miembros de la cátedra Antropología Sistemática I -Organización Social y Política- de la cual Santiago formaba parte bajo la coordinación de María Rosa Neufeld, se dieron cita sus antiguos alumnos, quienes habían ingresado a la carrera de antropología apenas había terminado la última dictadura militar (1976-1983), activistas sindicales y de movimientos sociales -como el Movimiento de Derechos Humanos del distrito de Quilmes, del cual Santiago era parte-, protagonistas de ocupaciones de tierras urbanas, sus antiguos compañeros del peronismo revolucionario, sus colegas profesores e investigadores, y sus nuevos alumnos y tesisistas, como era mi caso. Santiago estaba derrotado por el neoliberalismo pero era una derrota orgullosa, diría uno de sus antiguos alumnos, que constituía el motor de su obstinación por re-articular todo lo fragmentado en nuevos proyectos colectivos populares. Ciertamente, se trataba de una tarea más conflictiva que armónica, por eso lo recuerdo discutiendo apasionadamente con alumnos trotskistas en sus clases o

enfadado coléricamente con sus colegas ante las decisiones que creía erradas en las elecciones de claustros universitarios. Esas discusiones, enérgicas y fraternas, concedían suma dignidad a sus oponentes, por eso mismo, el día de su muerte, grupos universitarios de tendencias trotskistas también le rindieron homenaje. En mi memoria, Santiago manifestaba un absoluto respeto por aquellos con los que compartía la misma pasión: la política como una experiencia vital orientada a cambiar la vida de los trabajadores y trabajadoras. Y es aquí donde quisiera traer el bello texto de Marcelo Pautasso:

“No puedo dejar de empezar con la frase que lanzó un viejo compañero de Santiago, quien gritó a viva voz en el homenaje que se le hizo en Filo (con el aula magna repleta) luego de su muerte, y que me quedó en la cabeza como síntesis de su vida: ‘Santiago fue muchas cosas, pero fundamentalmente era un militante político, un combatiente de las FAP’. Yo lo conocí a Santiago en el año 1984 o 1985 cuando comenzaba mi carrera en la universidad. Santiago no ocupaba espacios sin politizarlos, como profesor, investigador o trabajador, la política lo atravesaba y lo veías disfrutarla de tal manera que no podías no apasionarte también. Tenía una capacidad enorme de relacionarse con distintas agrupaciones políticas para articular y conversar con todas, era un tipo muy abierto, pero con nosotros (yo militaba en la Juventud Universitaria Peronista -JUP-) tenía cierta predilección. Nos hicimos más amigos y compañeros cuando me impulsó a proponer por la a JUP a Hugo Ratier como candidato a Decano en la primera elección en Filo luego de la dictadura. De ahí no paramos: cambio de plan de estudio, boicot a la cátedra de Califano —profesor comprometido con el gobierno militar argentino—, denuncia de los servicios de inteligencia que aún transitaban la facultad, defensa de la universidad pública y su autonomía cuando la policía se metía en la facultad a reprimir allá, cuando todavía cursábamos en la sede de la calle Marcelo T. de Alvear, y etcéteras varias. Siempre estaba ahí, dando una mano. En perspectiva, creo que nuestra agenda política estaba compuesta en gran parte por la suya, y eso no me deja de dar gracia cuando lo recuerdo. La primera vez que cursé con él fue la materia Epistemología, cuyo titular era Félix Schuster. Santiago tenía solidez política y académica, era un placer escucharlo y debatir en sus clases, pero lo mejor era continuarlas luego en un café discutiendo sobre ciencia, antropología, y el compromiso político con los sectores populares. Recuerdo pasarnos horas hablando con él y Jorge Pinedo, y yo embelesado escuchando historias de militancia: Imaginate, apenas salido de la adolescencia en un pueblito perdido en el sur de Argentina, eso era para mí algo increíble. Pero lo que más lo caracterizaba a Santiago (y a Nilda, su compañera), era su enorme solidaridad, su capacidad de brindarse con los sectores populares y con aquellos que lo rodeaban. Siempre estaba ahí, dispuesto a charlar con vos, de cualquier cosa, o escucharte si te veía mal. Dispuesto a abrirte las puertas de su casa, su agenda, su



campo, sus contactos, para darte una mano o para que te puedas abrir caminos. Creo que, al menos a mí, fue el que nos hizo comprender la capacidad de la antropología para transformar la realidad, o al menos eso creíamos en ese momento, y hacer las cosas con pasión y solidaridad siempre pensando en el otro.”

El Santiago que vuelve con el texto de Marcelo es aquel que nos incorporaba a través de una pedagogía del afecto, la contención, la proximidad, la fraternidad, acaso como parte de su gran impulso vital con el que entendía y vivía la política. En ese sentido, Santiago era un militante y un combatiente pero simultáneamente un excelente investigador y docente, cuya solidez conceptual y metodológica no puede ser minimizada. Repasaré, entonces, el conocimiento producido por Santiago como parte indisoluble de su vida política.

La construcción del enfoque político para el estudio antropológico de los trabajadores

El año 1984 ha sido aquel en el que se inició de un modo más visible y sostenido el proceso de recuperación institucional tras la última dictadura militar en Argentina. Fue en esa nueva etapa cuando comenzó la reorganización del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires en diferentes secciones, una de ellas, la Sección de Antropología Social se constituyó hacia 1985, la cual albergó a un número elevado de investigadores e investigadoras que volvían a la vida universitaria tras la finalización del gobierno militar, contenidos en nuevos programas de investigación y revistas de la especialidad como Cuadernos de Antropología Social. El segundo número de la mencionada revista dedicó un apartado temático a la cuestión de “antropología y clase obrera”, allí se presentó el trabajo de investigación de Federico Neiburg sobre la estructuración de las relaciones de clase en un sistema de fábrica con villa obrera. Ese trabajo formaba parte de un incipiente grupo de investigación coordinado por Hugo Ratier -quien había regresado de su exilio en Brasil, donde había trabajado con investigadores del Museu Nacional de Rio de Janeiro-, que se orientaba a estudiar la formación de clase obrera en el distrito de Olavarría -provincia de Buenos Aires- bajo la inspiración de los estudios antropológicos sobre el área azucarera de Pernambuco plasmados en las magníficas obras de José Sergio Leite Lopes, Lygia Sigaud y Moacir Palmeira. Ese grupo produjo publicaciones extremadamente importantes para el campo de la antropología del trabajo y los trabajadores, a la vez que colaboró para difundir en nuestro medio los aportes de José Luis Sariego Rodríguez. Sin embargo, no logró institucionalizarse como tal debido a que sus miembros tomaron diversos

caminos para concretar sus metas de investigación: Federico Neiburg prosiguió su formación en Brasil; María Victoria Pita se sumó al equipo de antropología jurídica que también se constituía por aquella época; y Hugo Ratier fortaleció decisivamente el área de estudios rurales.

Paralelamente, en el año 1988, se creaba el Programa de Antropología y Salud, cuyas primeras indagaciones estuvieron enteramente dedicadas al estudio de los procesos de salud-enfermedad de trabajadores urbanos. Ese programa se destacó por las investigaciones de Santiago Wallace, Mabel Grimberg y Susana Margulies, quienes abordaron respectivamente procesos de salud-enfermedad entre trabajadores cerveceros, gráficos y ferroviarios. Además, y acaso fundamentalmente, Santiago Wallace y Mabel Grimberg tenían en común una militancia previa en sectores del peronismo revolucionario y la experiencia de haber sido presos políticos bajo regímenes represivos y de terrorismo de Estado. En función de sus trayectorias, esas primeras investigaciones se entroncaron con el proceso activo de recuperación sindical que tenía lugar en simultáneo al proceso de recuperación universitaria, protagonizado por activistas gremiales y políticos sobrevivientes a la última dictadura militar junto con nuevas generaciones. Sectores gremiales definidos afirmativamente como *combativos*, *pluralistas* y *antiburocráticos* emprendieron la tarea de recuperación gremial y de derechos arrebatados. Ese momento histórico posibilitó la gestación de nuevos compromisos políticos así como del propio trabajo de campo, de esa manera, las investigaciones en colaboración sobre diversos aspectos del mundo del trabajo, como la salud y la enfermedad, se tornaban insumos claves en la lucha reivindicativa de los trabajadores.

El Programa de Antropología y Salud se destacó por su intensa labor para la construcción de categorías de análisis bajo la influencia de la perspectiva teórica de Eduardo Menéndez (antropólogo argentino, exiliado político y radicado definitivamente en México), la cual resultó central para la construcción de un enfoque político sobre los procesos de salud-enfermedad de los trabajadores. Los integrantes del mencionado programa recuperaron el cuestionamiento al modelo médico hegemónico debido a su carácter exclusivamente biológico, individual, a-histórico y pragmático (Wallace, 1991; Grimberg, 1997). El encuentro con la producción de la medicina social latinoamericana fue clave, en tanto permitía superar concepciones biológicas y técnico-ambientalistas dominantes, desplazando la mirada de la enfermedad como fenómeno biológico individual, para dirigirla al proceso social e histórico del cual ésta no sería sino una expresión particular así como a la determinación de los procesos de salud-enfermedad a nivel colectivo (Wallace, 1991; Grimberg, 1991). No obstante, si bien la medicina social ponderaba el saber y la experiencia obrera, especialmente

por las propuestas de trabajo colaborativo que propiciaba, las representaciones y las prácticas de los trabajadores no eran conceptualizadas ni incluidas como objeto de estudio, así los saberes aparecían o bien reificados o bien como simple resultado de la apropiación de saberes técnicos (Grimberg, 1997).

En este marco de construcción de conocimiento, se planteó a la relación trabajo-salud como relación política, basándose en la propuesta de Menéndez sostuvieron que los procesos de salud-enfermedad no solo constituyen emergentes de las condiciones de trabajo y de vida; sino que son al mismo tiempo, una construcción social que implica modalidades específicas de relaciones sociales y configuraciones de representaciones y prácticas con diversos y conflictivos sentidos (Wallace, 1991; Grimberg, 1997). Para enfocar el carácter político de esta relación articularon pormenorizadamente un conjunto de categorías tales como procesos de salud-enfermedad, procesos de trabajo en su sentido contradictorio en tanto proceso de valorización del capital, hegemonía, transacción y construcción social como condensadora de prácticas y representaciones (Wallace, 1991; Grimberg, 1997).

Santiago Wallace fue el primero de los integrantes del Programa de Antropología y Salud en culminar un trabajo sistemático sobre los procesos de salud-enfermedad de los trabajadores, me refiero a su tesis de maestría titulada “La construcción social de la salud - enfermedad: el caso de la cervecería y maltería Quilmes”. Ese trabajo fue entregado el 12 de marzo de 1991 en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Buenos Aires, para aspirar al título de Master en Ciencias sociales, con mención en sociología, bajo la dirección de Félix Schuster. Se trata de un volumen de 218 páginas que actualmente es parte del acervo de la Biblioteca de Ciencias Sociales “Enzo Faletto” de FLACSO Argentina. Mientras me dedicaba a la lectura de la tesis me embargó una sensación de profunda alegría y agradable inquietud por aproximarme nuevamente a Santiago; y, centralmente, me inspiró una admiración profunda la imponente solidez teórica y metodológica que mostraba su investigación. También me detuve en observar su letra manuscrita, extremadamente prolija, con la que intentaba subsanar alguno que otro error en los renglones de una tesis mecanografiada cuando los procesadores de texto y las computadoras no representaban herramientas de trabajo generalizadas en nuestro medio. Santiago había concluido su tesis de maestría y quizás ese hecho no estaba relacionado exclusivamente con la formalización de su carrera académica, por aquellos años no era tan imprescindible y excluyente como es ahora la titulación en el medio argentino, sino con el compromiso hacia un equipo de trabajo que había formulado un programa teórico y político para el estudio de los procesos de salud-enfermedad de los trabajadores y,

fundamentalmente, con los trabajadores cerveceros en el marco de su proceso de recuperación sindical.

Yendo al núcleo de su investigación, Santiago descubrió, de un modo inquietante y apasionado, que la ingesta de alcohol entre los trabajadores cerveceros sintetizaba las contradicciones de un proceso de trabajo que es al mismo tiempo un proceso de valorización, a la vez que mostraba la operatoria de relaciones y procesos ideológicos, políticos y culturales. Así, lo expresaba:

“La ingesta de cerveza en el establecimiento era señalada como constituyente “natural” de ciertos sistemas de trabajo, como parte de la cotidianidad del proceso laboral, como constituida/constituyente de relaciones sociales e ideológicas ligadas al trabajo. Su importancia, su trascendencia, la aparición “no forzada” en las charlas y entrevistas con trabajadores, con el personal médico-técnico, incluso con algunos directivos de la empresa nos fueron mostrando las primeras pistas de su relevancia en torno a los procesos de salud-enfermedad” (Wallace, 1991: 172).

El proceso de alcoholización, como lo definió Santiago siguiendo la formulación de Eduardo Menéndez, era emergente de la contradicción estructural entre clases sociales antagónicas. No se trataba de un proceso de simple manipulación empresarial para lograr altos rendimientos en la producción, sino de un conjunto complejo, coercitivo y contradictorio, de relaciones transaccionales. Antes de volver sobre esto con mayor precisión teórica, me interesa valorar el diseño metodológico de la investigación, especialmente las entrevistas y el relevamiento de historias clínicas de los trabajadores en poder de la Obra social de la Sociedad de Obreros Cerveceros de Quilmes. En este punto, quiero traer a este texto colectivo las palabras de la Lic. Josefina Martínez, actual Directora del Departamento de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, quien fuera una de las jóvenes estudiantes que se sumó al equipo de trabajo de campo junto con Santiago Wallace:

“Hacia el año ‘87, pasada la mitad de la carrera, empecé a preguntarme qué tema podía trabajar y cómo acercarme a algún proyecto de investigación para conocer más sobre ese tema. Fue entonces cuando algunos amigos, como Marcelo Pautasso y otros compañeros que eran amigos de Santiago en aquel momento, me acercaron a él. O sea que yo lo conocí y empecé a trabajar con él, sin tener una relación previa. Ni siquiera lo conocía de antes.

Concretamente, la convocatoria era para trabajar en el relevamiento de datos en la Obra Social del Sindicato de Cerveceros de la Cervecería Quilmes. Digamos que fue mi primera aproximación a la investigación, y que fue bastante intensa porque esa tarea de auxiliar implicaba ir a Quilmes dos veces por semana al campo junto con él,



hacer relevamientos de las historias clínicas en la Obra Social, participar de las reuniones de Comisión Interna del Sindicato (en ese momento, el Secretario General era el compañero Nacho Lagar), entrevistar a trabajadores cerveceros en sus casas, lo que implicaba ir al barrio, y revisar expedientes de la justicia laboral iniciados por accidentes de trabajo por parte de muchos trabajadores cerveceros que formaban parte de este núcleo con el que trabajábamos.

Lo cuento desde el registro anecdótico, pero quiero rescatar una cuestión más profunda: esta experiencia personal como auxiliar de investigación refleja para mí una de las características más importantes de lo que significó Santiago para todo un grupo de estudiantes, básicamente los que habíamos entrado en el '84 y el '85, y es que era una persona, mirado desde la estudiante de veintipocos años, muy comprometida con el tema que trabajaba.

Esta cuestión de averiguar de qué manera la cerveza llegaba a los trabajadores día a día, cotidianamente, dentro de la fábrica, era una especie de obsesión, y era un dato que perseguíamos en cada una de las fuentes que íbamos revisando. Porque eso era algo que estaba tan encubierto y a la vez tan naturalizado en los propios trabajadores, que era concebido como una generosa dádiva, un beneficio que la patronal le daba a ellos, un gesto de buena onda de dejarlos tomar cerveza durante el horario de trabajo. Incluso en las entrevistas era todo un arte el llevarlos a ese tema y tratar de identificar concretamente cómo había sido el proceso por el cual se había llegado a esa situación, no sólo en el marco general de la fábrica, sino también en el marco general de cada uno de los sectores de trabajadores donde había modalidades distintas de la patronal.

De esa experiencia de investigación creo que se desprende una de las características de Santiago, que por lo menos a los estudiantes de aquella época nos quedó muy marcada y que tenía que ver con la pasión y la dedicación por la búsqueda de datos en un tema tan complejo como este, y tratar de analizar las relaciones dentro de fábrica desde el punto de vista etnográfico, cosa nada sencilla desde el punto de vista metodológico; y, por otro lado, pone también de relieve la forma en la que encaraba esta investigación, esta cuestión del compromiso político con esos actores sociales con los que se trabajaba.”

Josefina nos cuenta de una pedagogía que propiciaba el encuentro, la inclusión y la autoformación tanto de los estudiantes como de los trabajadores en el proceso mismo de construcción de conocimiento. Estas orientaciones parecerían haberse puesto de manifiesto en la propia vertebración de la investigación tanto en el diseño metodológico para etnografiar las relaciones en el espacio de trabajo como en la solvencia y rigurosidad de los debates teóricos y la construcción conceptual. En este último sentido, Santiago mapeó

minuciosamente los debates sobre la ingesta de alcohol en el campo de la medicina laboral y en el de la antropología, los cuales acentuaban funciones positivas o ambivalentes del uso de la bebida. Propuso, en cambio, desplazar el enfoque desde la falsa oposición entre salud-enfermedad; ponderar su *funcionalidad contradictoria*; y considerar la producción ante la excesiva atención concedida al consumo debido a miradas ceñidas al bebedor.

Su tesis concebía el problema de la alcoholización como parte de las relaciones que operan en los procesos de dominación y subordinación entre sectores hegemónicos y subalternos. Así, mientras que para los trabajadores cervecedores el consumo colectivo de alcohol podía simbolizar un reforzamiento de los lazos solidarios, podía, al mismo tiempo, tornarse en uno de los principales responsables de la alta incidencia de jubilaciones por invalidez. La funcionalidad entendida en esos términos -conflictiva y contradictoriamente-, constituía para Santiago un instrumento de análisis que permitía dar cuenta del tipo de relaciones que, a través del uso y consumo de alcohol, se establecía entre el sector obrero y el patronal como parte de un proceso más global de transacciones que envolvía a todos los actores sociales vinculadas al producto, la cerveza.

Este planteo se inscribía en debates disciplinares más generales contrapropuestas del estructural funcionalismo, el interaccionismo simbólico, y categorizaciones de las prácticas sociales que subrayaban el carácter reproductivo de las mismas. Además, abrevó en las críticas que Menéndez formulara al concepto de transacción en la obra de Frederick Barth, tales como la centralidad conferida al carácter diádico de las interacciones y la concepción de la reciprocidad como una relación voluntaria y consensuada¹, para considerar la cuestión como parte de los procesos de hegemonía. Inspirándose en Gramsci y Williams, entendió a la hegemonía como un complejo entramado entre imposición y coerción-adhesión y consenso, de manera tal que la hegemonía no registra la historia del consenso sino del conflicto y la contradicción, suponiendo luchas, demandas, negociación y concesión.

El proceso de alcoholización fue entendido como proceso transaccional haciendo emerger un detallado estudio de las prácticas en torno a la ingesta de cerveza. La tesis muestra cómo los trabajadores podían llegar a transpirar alrededor de 4 litros por día en algunas labores, debido a altas temperaturas

¹ Una consideración exhaustiva sobre la propuesta de transacción en Barth y los debates subsiguientes puede consultarse en Manzano (2013).

(cocimiento, fermentación, botellería, movimiento, maltería) o a la gran actividad muscular, lo que producía deshidratación y el aumento de la ingesta de cerveza, potenciada por la escasez de agua o su inexistencia en la planta, según los testimonios: “los bebedores no andaban casi nunca”, “en los bebedores el agua salía caliente”, “para llegar a los bebederos tenía que cruzarme media fábrica”. En 1984, la Obra Social del Sindicato detectó un número importante de internaciones por alcoholismo o enfermedades asociadas; Santiago, mediante el análisis pormenorizado de historias clínicas, pudo establecer patologías prevalentes diagnosticadas por los médicos, como casos de alcoholismo o afecciones conexas (hipertensión arterial, gastritis, cefaleas, cuadros depresivos, etc.). Asimismo, el análisis de los registros de defunción entre los años 1985-1987 manifestaba que de los diez casos allí incluidos, seis eran alcohólicos crónicos, por otra parte, los informes de la Asesoría Laboral, Previsional y de Asuntos de Familia de la Obra Social sindical comprobaban el desgaste prematuro, la incapacidad laboral absoluta e incluso la muerte asociada al estilismo crónico (Wallace, 1991 y 1991a).

En esos años también se habían iniciado aproximadamente quince juicios laborales a través de los cuales obreros o sus herederos reclamaban a la empresa una reparación por la enfermedad desencadenada en el trabajo, aduciendo un ambiente que predisponía al alcoholismo, ya que había un acceso directo y continuo a la bebida, una actitud permisiva de la empresa y carencia de prevención. Para el sindicato, apuntaba Santiago, lidiar con estas prácticas de alcoholización representaba un dilema debido a visiones extendidas entre los propios trabajadores que ponderaban la función positiva e integradora del alcohol pero, especialmente, debido a la actitud de la empresa que permitía el suministro en la fábrica y que entregaba de manera gratuita botellas de cerveza para ser consumidas o comercializadas por los obreros fuera del establecimiento. En definitiva, concluía Santiago, en tanto el suministro de cerveza se había incorporado al sistema de necesidades de los trabajadores y era asumido como una “conquista”, se tornaba muy difícil eliminarlo. Ese proceso transaccional se habría alterado profundamente cuando se intensificaron medidas de racionalización y flexibilización laboral, coronadas el 30 de marzo de 1989 con la reducción a 112 trabajadores sobre una planta compuesta por 900 hasta ese momento.

Al análisis del proceso de alcoholización se suma la reconstrucción detallada de la historicidad de la relación capital/trabajo y de la organización gremial. Santiago estudió la composición del capital en el sector de producción de cerveza así como las familias principales que fueron monopolizando la actividad, fundamentalmente la familia Bemberg de origen alemán que concentró la

producción del rubro en el país, al menos hasta 2006 cuando vendió la marca conocida como Quilmes a Brahma, su competidora de Brasil. En cuanto a los trabajadores, Santiago señalaba algunas características centrales como el predominio masculino de la fuerza de trabajo; las distinciones entre *viejos* y *jóvenes*, reforzada por la procedencia migratoria diferencial de cada grupo etario, y entre *estables* y *temporarios*, de gravitación continuada en el sector debido a los ritmos estacionales de la producción y comercialización pero amplificada hacia fines de los ochenta debido a programas de reconversión y flexibilización del uso de la fuerza de trabajo. Además, la tesis recupera los principales hitos de la organización gremial de los trabajadores, entre ellos la creación de la Sociedad de Resistencia de los Obreros Cerveceros de Quilmes, que con el tiempo fundó una caja de socorros en base a las contribuciones de los trabajadores para actuar frente a la muerte y las enfermedades, destacándose en la labor cultural y educativa. Ya hacia 1945, el peronismo pasó a tener una influencia decisiva en la organización gremial de los cerveceros, tornándolos protagonistas de la intensa disputa que mantuvo con la política de monopolización del grupo Bemberg. Durante el segundo plan quinquenal del gobierno peronista se dispuso la expropiación de los bienes de esa sociedad propietaria, en tanto que el Congreso de la Federación de Obreros Cerveceros y afines, celebrado el 26 de agosto de 1954, tal como documentó Santiago, votó la conformación de una cooperativa para adquirir la empresa y sus establecimientos a efectos de su administración y explotación por parte de los trabajadores. A raíz de diferentes posiciones, que no podré detallar aquí, finalmente se aprobó constituir una sociedad anónima, cuya comisión directiva estuvo integrada por sindicalistas de la mencionada federación obrera, la cual comenzó a operar el 4 de febrero de 1955. Esa experiencia fue interrumpida tras el golpe militar de septiembre de 1955 que derrocó a Perón, como consecuencia se intervino el sindicato y se confiscaron los bienes para ser finalmente devueltos al grupo empresario Bemberg.² Ese hito de autogestión, reconstruido por Santiago, con el correr de tiempo pasó a ser parte del cuerpo de antecedentes históricos que se activó ante la crisis argentina del año 2001 y la consecuente visibilidad que cobraron las empresas y fábricas recuperadas.

² Fontanella, Eduardo, cooperativas que recuperan empresas y fábricas en crisis en <https://www.monografias.com/trabajos51/empresas-recuperadas/empresas-recuperadas3.shtml>. Consultado el 3 de noviembre de 2018

Transformaciones en el mundo del trabajo y nuevas líneas de investigación: reposicionamiento del enfoque político para el estudio de los trabajadores

En el año 1991, cuando Santiago Wallace entregó su tesis de maestría, ya se hacían claras las señales de los efectos de políticas de orientación neoliberal en Argentina y sus extremas consecuencias negativas sobre los trabajadores industriales y sus organizaciones gremiales. En 1989 había triunfado en las elecciones presidenciales el candidato por el peronismo, Carlos Menem, en tanto que su gestión quedó asociada a la implementación de severos programas neoliberales que se manifestaron en la desindustrialización, la reconversión y flexibilización laboral, la concentración de la economía, la descentralización y privatización de áreas del Estado, y el deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores, con un significativo aumento de los niveles de desempleo, subempleo y pobreza. Al mismo tiempo, el Programa de Antropología y Salud diversificaba sus temas de estudio, tendiendo a concentrar sus indagaciones en el problema del HIV-SIDA en momentos turbulentos que también se ponían de relieve en el desfinanciamiento para la investigación científica. A pesar de ello, Santiago continuó comprometido con la producción de conocimiento en temas relativos al trabajo y los trabajadores, centralmente emprendió la tarea de sistematizar una línea de investigación sobre trabajo y subjetividad, dentro de la cual yo era una de sus tesis. Paralelamente, formó un equipo que seguía la cuestión del HIV entre jóvenes de barrios populares usuarios de drogas, a la vez que dirigió investigaciones sobre el movimiento de ocupación de tierras urbanas y el activo movimiento de jubilados gestado en oposición a los ajustes neoliberales en el área de previsión social.

La línea de investigación sobre trabajo y subjetividad comenzó a desenvolverse a mitad de la década de los noventa, cuando los trabajadores, los científicos sociales y los activistas políticos nos vimos enfrentados con la introducción de un nuevo vocabulario o nuevas categorías tales como *just in time*, *círculos de calidad*, *mercados*, *capacitación*, *ritmos*, *tiempos muertos*, *punto cero*, *flexibilización*, *reconversión*, *polivalencia*, *multiplicidad de funciones*, etc. Nos preguntábamos hasta qué punto esas categorías estaban indicando mutaciones profundas en las relaciones sociales e históricas de trabajo y qué efectos producían sobre los modos de organización gremial y política, las subjetividades, los sentidos culturales y las tradiciones obreras.

Santiago se entregó nuevamente a la construcción situada de conocimiento; así, tempranamente, en el año 1994, organizó junto con Gonzalo Chaves –también antiguo militante del peronismo revolucionario– cursos y talleres destinados a

delegados de la Unión Obrera Metalúrgica de la seccional Quilmes. En el documento de síntesis de esos talleres se precisaba las reflexiones logradas durante el intercambio de experiencias, entre ellas: los empresarios justificaban los cambios como condicionantes externos, en función de leyes del mercado y racionalidades técnicas; los cambios se extendían sobre las llamadas tecnologías blandas, como los medios inmateriales de gestión que contribuían a optimizar la organización mientras era mínima la incorporación de tecnologías duras -tanto las de base mecánica como la microelectrónica-; se habían introducido distintas formas de polivalencia y multifuncionalidad; se promovía a los trabajadores a que resolvieran sus problemas individualmente en un trato directo con la empresa, quebrando una tradición de gestión de demandas mediadas por delegados, comisiones internas y sindicatos, lo cual también requería de nuevas identificaciones para limitar la oposición nosotros/ellos; se señalaba el aumento de la productividad del trabajo debido a la intensificación de ritmos antes que de la aplicación de tecnologías conjuntamente con la reducción de personal y el estancamiento del nivel salarial; se demandaba capacitación y una respuesta sindical más enérgica ante ese conjunto de transformaciones.

El diagnóstico elaborado colectivamente en los talleres se inscribió en formulaciones de orden político-conceptual. Por un lado, Santiago trabajó con la bibliografía disponible en aquella época, afirmando que esos cambios se debían a la crisis del modelo de acumulación taylorista-fordista y la necesaria recomposición de la tasa de ganancia, lo que ocasionaba el pasaje de un esquema de producción rígido y masivo centrado en una economía de oferta hacia otros modelos más flexibles de diferenciación de productos, con mercados segmentados, donde la demanda estaría jugando un rol central en la construcción de las estrategias empresariales. Además, señaló que para esa nueva forma de producción era necesaria la implicación del trabajador con nuevas responsabilidades orientadas a controlar la calidad, crear mejoras continuas para la reducción de costos, mantener y reparar equipos, y manejar el funcionamiento de la producción en conjunto. Estas transformaciones activaban otras concepciones del trabajo humano, diferentes a aquellas ancladas en la mecanización y desconfianza del fordismo, puesto que se invocaba más la creatividad y la iniciativa del trabajador que su mera fuerza y habilidad manual. Por otro lado, en cuanto a la organización gremial, sostuvo que la patronal no se había limitado a incorporar cambios en las metodologías de enfrentamiento sino que era el propio terreno para el enfrentamiento el que había mutado, lo cual se tornaba un problema para un sindicalismo entrenado en debatir el precio de la fuerza de trabajo y menos su uso. Esto se tornaba aún más complejo, teniendo en cuenta la historia del movimiento obrero argentino, debido a las mutaciones

del Estado, y que esas mutaciones eran operadas por el peronismo en ejercicio del gobierno.

En ese marco de elaboraciones, Santiago se propuso formalizar una línea de investigación en la universidad sobre trabajo y subjetividad (Wallace, 1998). Bajo su dirección, Ricardo Rosendo obtuvo una beca para estudiar el tema disciplina y control social del trabajo en tiempos de producción posfordista, debatiendo cuestiones relativas a los métodos de gestión del trabajo y las conceptualizaciones del trabajo humano. Paralelamente, postuló un proyecto sobre trabajo, cultura y subjetividad junto con el historiador Pablo Pozzi y las psicólogas Myriam Wlosko y Cecilia Ros a una convocatoria de la Universidad de Buenos Aires para subsidiar equipos de investigación, en esa oportunidad la propuesta contó con una evaluación positiva pero lamentablemente no obtuvo el financiamiento solicitado para el desarrollo del plan de tareas diseñado.

La formulación del mencionado proyecto evidenciaba un exhaustivo trabajo sobre las categorías de análisis, análogo a la elaboración del enfoque antropológico y político sobre los procesos de salud-enfermedad de los trabajadores. El interrogante central versaba sobre la manera en que los profundos cambios estructurales y del mercado de trabajo se expresaban en la valoración y el sentido del trabajo. Se partía del supuesto de la desestructuración de antiguas identidades laborales y la configuración de nuevas estructuras del sentir, tomando para ello nociones de Raymond Williams, a la vez que se manifestaba el interés por conocer cómo esos cambios impactaban en universos simbólicos y generaban nuevos valores, creencias y normas en torno al trabajar y el trabajo. Las transformaciones, sostenía Santiago, se transmutaban en formas de violencia social que erosionaban certezas creando incertidumbre y angustia, y desorganizando referentes que habían otorgado cierta coherencia a la identidad. De esta manera, una parte sustantiva de la propuesta giraba en torno al estudio de las subjetividades para comprender las dinámicas entre anhelos, proyectos de vida y realizaciones posibles. Ese estudio se había planificado con trabajadores cerveceros y metalúrgicos de Quilmes y con aquellos de servicios públicos privatizados.

Como comenté, esta línea de trabajo no logró institucionalizarse en la Universidad de Buenos Aires en aquella época. A pesar de esto, comencé mi investigación de tesis de grado con Santiago en el año 1996 sobre la producción de significados en torno al trabajo en el sector metalúrgico, la cual logré

defender recién en el verano de 2000³ con el invalorable apoyo intelectual y afectivo de María Rosa Neufeld. Por su parte, Santiago tampoco había interrumpido su investigación sobre el tema más aún cuando sus estudios tuvieron una amplia repercusión entre nuestras colegas de la Escuela de Antropología de la Universidad Nacional de Rosario donde se había conformado el Núcleo de Estudios del Trabajo y la Conflictividad Social. Fue hacia allí que nos encaminamos para fortalecer lazos académicos y políticos tomando parte de una intensa actividad durante dos años, que comprendió la presentación de ponencias en las Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata en octubre de 1996, y, posteriormente, en el año 1997, el dictado del seminario “Antropología y trabajo: procesos de trabajo. Desempleo estructural y significación subjetiva del trabajo”. Santiago me invitó a dictar una de esas clases en tanto que tenía previsto que viajáramos junto con Ricardo Rosendo a la actividad de cierre del seminario durante la cual haría una devolución comentada de las monografías de los estudiantes y sería una ocasión inmejorable para intercambiar ideas con las y los colegas de Rosario y para planificar proyectos futuros. Ahí estaba Santiago, a fuerza de pasión política y convicción, articulando personas y espacios que no deberían estar desligados. Silvia Simonassi, historiadora de la Universidad Nacional de Rosario, recuerda de este modo la experiencia rosarina de Santiago y nos ofrece detalles del contenido y las lecturas del mencionado seminario en un hermoso texto que tituló para este homenaje “Santiago Wallace en Rosario”:

“En octubre de 1996 Santiago Wallace llegó a Rosario y se quedó entre nosotras y nosotros para siempre. Viajó convocado por la Directora de la Escuela de Antropología, Marta Abonizio, y por las y los integrantes del Área Antropología y Trabajo de la Escuela, para integrar un Panel junto con Adriana Galdiñ en las Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata. En esa oportunidad expuso también su investigación: “Trabajo y Subjetividad, las transformaciones en la significación del trabajo”. Al año siguiente dictó en nuestra Escuela el Seminario de Contenido Variable “Antropología y trabajo: procesos de trabajo. Desempleo estructural y significación subjetiva del trabajo”. El programa del Seminario representó para los cursantes, en algunos casos, una vuelta sobre textos conocidos, pero

³ Me refiero Manzano, Virginia (2000), “Del Ascenso social a la Precarización: Un enfoque antropológico de la producción de significados en torno al trabajo en el sector metalúrgico”. *Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas, orientación sociocultural*. Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

en otras implicó tomar contacto con nueva bibliografía que contribuyó de manera significativa en la formación de futuros antropólogos del trabajo.

Con cinco unidades: ‘Capitalismo y trabajo’; ‘El modelo de la fabricación en serie y en masa’; ‘Del pleno empleo en el Estado Benefactor al desempleo estructural’; ‘Desempleo y Exclusión’; y ‘La Pertinencia de una Antropología del Trabajo’, el Seminario propuso desplegar, leer y debatir textos de Marx, Braverman, Gramsci, Coriat, Gaudemar, Hobsbawm, Castel y Rosanvallon con ‘Bibliografía para el campo’ donde se discutieron avances de investigación (en ese momento muy recientes) de Beccaria y López, Novick y Catalano, Villareal, Virginia Manzano y Ricardo Rosendo, entre otros. Se leyeron y discutieron también aportes de Bouvier, Menéndez, Victoria Novello, el texto de Palenzuela sobre ‘Las culturas del trabajo’, el de Melgoza Valdivia sobre la subjetividad obrera y el hermoso trabajo de Paul Thompson ‘Jugando a ser trabajadores calificados’, además de varios textos de su autoría.

Durante un cuatrimestre, estudiantes de la carrera y graduados de Antropología e Historia que cursábamos el Seminario solo para debatir y seguir aprendiendo, supimos de su compromiso militante y su pasión por la Antropología del Trabajo y la Salud. En las clases, en las clases de consulta, pero también entre asados y cerveza, aprendimos a quererlo entrañablemente. Su trágica muerte, incomprensible, inexplicable, nos encontró esa noche de marzo recibiendo los trabajos de evaluación de su Seminario. Edgardo Garbulskey y Marta Abonizio hubieron de corregir y acreditar las notas de esos trabajos finales, sin que conociéramos la opinión de Santiago sobre su contenido.

En julio de 1998 se editó el Volumen IV de la Revista de la Escuela de Antropología, donde Santiago publicaba su ‘Antropología Médica. Una crisis prolongada o permanente?’ Y nosotras finalizábamos la nota editorial señalando ‘dedicamos este número al Lic. Santiago Wallace, recientemente fallecido, de quien publicamos una colaboración. Su labor intensa en esta Escuela durante el último periodo, nos demanda recoger como herencia algunas de sus huellas: calidad académica, compromiso político, respeto ante las divergencias, formación de equipos, estímulo al trabajo de los jóvenes. Que este número de la revista signifique un cálido y agradecido reconocimiento a su paso por nuestra Escuela’”.

A lo largo de los años, nuestras y nuestros colegas de Rosario mantuvieron emotiva y profundamente el legado de Santiago, reconocieron su labor en cada etapa que condujo a la consolidación definitiva de la antropología del trabajo en ese centro académico. Las razones profundas que explican porque Santiago “sacudió sus almas” quizás estén contenidas en ese texto cargado de humanidad

y lucha que prepararon Gloria Rodríguez, directora del NET, y Marta Abonizio para este homenaje, el cual lleva por título “Santiago Wallace. Nuestro canto a la experiencia”:

“La condición de Rosario como ciudad —puerto, fuertemente vinculada a la actividad industrial, agrícola y comercial hizo que albergara una poderosa clase obrera, de alta combatividad. No es casual, entonces, que en el seno de la carrera de Antropología de la Facultad de Humanidades y Artes (UNR) emergieran inquietudes por estudiar y conocer ese sector de la población desde la perspectiva disciplinar, constituyéndose, con la apertura democrática, el área de Antropología del Trabajo y el NET (Núcleo de Estudios del Trabajo y la Conflictividad Social). Y fue así que conocimos a Santiago Wallace, quien instiló en nuestras venas la concepción de que en los procesos y en el producto del trabajo están contenidas relaciones sociales específicas y que el hombre, en tanto trabajador, entabla relaciones sociales de carácter histórico a través de los cuales valora sus experiencias, tradiciones, construye sentidos, actúa y confronta en circunstancias que van a modificar su conciencia, y se relaciona con su medio a través de productos y comportamientos que caracterizan un tipo particular de cultura humana (Wallace, 1998).

Santiago llega a nuestra carrera en la década del '90, acompañando intereses y perspectivas presentes tanto en docentes y estudiantes, como en el Plan de Estudio de la carrera, basado en una concepción que otorga centralidad a la totalidad social y la historicidad de los procesos.

Fue invitado por Marta Abonizio —por entonces Directora de la carrera de Antropología— para el dictado de un Seminario de Contenido Variable. Desde ese lugar, no sólo impulsó los estudios del mundo de los trabajadores, sino que se mostró como una persona generosa, decidida a incentivar los intereses de los más jóvenes, relacionándose a través de una conducta humilde y austera en un momento en que las lógicas del individualismo se imponían con fuerza. Así es como dormía en casa de colegas para evitar gastos difíciles de afrontar, regalaba libros, se preocupaba por brindar conexiones para avanzar en los estudios y hasta en los momentos de ocio generaba espacios de grata intersubjetividad, cuidando así a una Escuela que se esforzaba por construir vínculos fecundos para la formación de sus estudiantes.

En 1996 “caló hondo” la presentación de su ponencia “Trabajo y subjetividad: las transformaciones en la significación del trabajo”, en la Primeras Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata. En un ambiente colmado de participantes que bullían de interés por debatir sobre las consecuencias de la aplicación de políticas liberales, Santiago llama la atención señalando que la búsqueda de las patronales se orientaba a trabajadores “sin experiencia” laboral, a generar cambios culturales que

acompañaran la necesidad de “implicar” a los trabajadores con los objetivos patronales disolviendo, a su vez, la tradición organizativa gremial; sobre la necesidad de avanzar en precisiones conceptuales para generar herramientas que nos permitieran conocer y actuar en el nuevo escenario; sobre la importancia de atender la dimensión de la subjetividad, porque los cambios estaban produciendo transformaciones en “la forma de producir y tramitar el sentido, la significación y las prácticas” y porque lo que no se podía expresar a través de otros modos, se estaban haciendo a través del “sufrimiento”, entendido como una forma de resistencia a las nuevas modalidades de dominación.

Esa perspectiva, en ese momento, sacudía nuestras almas: era la constitución de un saber situado que partía de reconocer los profundos cambios operados como consecuencia de la crisis del modelo de acumulación taylorista – fordista; era un conocimiento construido “con otros” que también recogía una actitud militante, no tanto como “compromiso”, sino como una expresión explicativa, intelectual, desde el interior de la clase trabajadora, recogiendo una tradición forjada en los procesos mismos de sus luchas.

La impertinencia de un accidente fatal lo sacó de nuestras vidas. Sin embargo, su praxis continuó persistiendo en nuestros estudios y nuestras prácticas. Santiago se convirtió en una “estación” –en el sentido de Mariátegui– de la Antropología del Trabajo y los trabajadores en Rosario. Una y otra vez, buscamos palpar y conservar la experiencia de Santiago, porque especialmente en estos días se nos hace presente la advertencia de T. Adorno de que la posibilidad de la experiencia misma está en peligro. La experiencia –según W. Benjamin– puede ser desoladora para quien lucha, pero raras veces lo conduce a la desesperanza.

Es por eso que en este momento de peligro para los pueblos latinoamericanos queremos recuperar nuestro vínculo con Santiago en estos términos, ya que la ruptura de las continuidades que provocan las guerras, las dictaduras y las políticas negadoras de la historia conducen a una crisis de la experiencia que produce desolación, pero la recuperación de la misma nos ubica en el sendero de la esperanza.”

Ante la irrenunciable posibilidad de la experiencia, tal como bellamente refieren Gloria y Marta, Santiago intuyó tempranamente una de las orientaciones para la práctica política que pasaría a ser una bandera para aquellas líneas sindicales que propusieron ampliar el espacio de acción gremial a los lugares de residencia con el objetivo de incorporar a los trabajadores desempleados y jubilados: *el barrio es*

*la nueva fábrica*⁴. A mediados de la década del noventa, emprendió la tarea de sistematizar conceptualmente la categoría de movimiento social para enfocar una diversidad de formas de organización y movilización social que tenían como protagonistas a los sectores populares, además, dirigió becas de investigación sobre ocupaciones de tierras y sobre el movimiento de jubilados y pensionados. Simultáneamente, coordinó un apartado completo dedicado a movimientos sociales dentro de un libro que se publicó en 1998 para ser leído fundamentalmente por estudiantes de la materia Antropología Sistemática I – Organización Social y Política- de la carrera de antropología de la Universidad de Buenos Aires. En un texto de su autoría (Wallace, 1998a) es posible apreciar cómo desarrolló minuciosamente el debate sobre movimientos sociales, reconociendo las experiencias claves de los años sesentas que hicieron virar los términos de la discusión pero ampliando el foco hacia el siglo XIX, de esta manera, su artículo constituye un faro para superar la estandarización cuasi dogmática que atraviesa a los ensayos sobre protestas y movimientos sociales que no pararon de multiplicarse con el estallido del modelo de convertibilidad en diciembre de 2001 en Argentina. En dicho trabajo, Santiago muestra que movimiento social fue un término de uso corriente después de la Revolución Francesa y, centralmente, tras las revoluciones de 1848 cuando se lo empleó para calificar al movimiento obrero que emergía como fuerza social y política al margen de las instituciones del Estado liberal.

Con su interés por los movimientos sociales, Santiago nos invitaba a ampliar la mirada para capturar nuevas configuraciones de trabajadores urbanos -como esos movimientos revolucionarios de la Europa del siglo XIX- y la consecuente multiplicidad de espacios para la acción política. Es probable que algunas de esas hebras de su legado hayan sido aquellas que me motivaron a realizar mi investigación doctoral sobre el movimiento de desocupados. Pero no es mi investigación la que quiero traer aquí sino las palabras de María Cristina Cravino, una de las mayores especialistas en estudios urbanos en América Latina, quien fuera becaria de Santiago en esta línea temática. En las palabras de Cristina vuelve a aparecer un Santiago atento a las formas de organización política de los sectores populares pero también un Santiago que inscribe esas preocupaciones en un profundo sentido pedagógico y humano:

⁴ Una reconstrucción detallada de estas sindicales, denominadas sindicalismo de movimiento social, y su incidencia en la conformación del movimiento de desocupados en Argentina puede consultarse en Manzano (2013).

“Conocí su trabajo siendo estudiante cuando él presentaba sus investigaciones sobre cerveceros en un Congreso de Antropología en Buenos Aires. Me partió la cabeza ese trabajo y me pareció que era un camino su compromiso. Yo en ese momento pensaba dedicarme a la etnohistoria o a la antropología urbana. Cuando me recibí de antropóloga trabajaba como empleada bancaria, quería hacer investigación y surgió una oportunidad de hacer una maestría en administración pública, en ese momento era una de las pocas maestrías que había, era prestigiosa y otorgaba becas. Éramos 350 postulantes y becaban a los que quedaban entre los primeros diez lugares luego de rendir un examen (dos tandas de exámenes); por suerte quedé entre los diez y fui becada. Cobrábamos una miseria y yo hacía informalmente tres trabajos más para poder sostenerme. Al finalizar esa beca decidí presentarme a otra beca para graduados que otorgaba la Universidad de Buenos Aires y fui al Departamento de Antropología y estaba Santiago y nos pusimos a charlar. Le conté de mi tema sobre asentamientos urbanos que en ese momento estaba más o menos enmarcado en el tema de movimientos sociales. El iba a buscar quien me pudiera dirigir, mientras tanto yo volvía y seguíamos charlando. Finalmente un día me dijo que él me iba a presentar y me facilitó contactos con dirigentes políticos y barriales del distrito de Quilmes. Yo en esa época tenía contactos con dirigentes del distrito de La Matanza, por una pasantía que había hecho por la maestría sobre regularización dominial y otros contactos en Morón por mi militancia política. A él lo entusiasmó el tema y obviamente se vinculaba con dos cuestiones que le interesaban: las condiciones de vida de los sectores populares y las estrategias de organización política. Me ayudó muchísimo, discutimos veinte veces las hipótesis hasta que quedó que iba a trabajar la contradicción entre la lucha colectiva por la tierra y las formas individuales de autoconstrucción de viviendas. Era un estilo de dirección con mucha escucha también en lo personal: yo tenía a mi hijo recién nacido, luego, muy pronto, estuve de nuevo embarazada, recibí el diagnóstico de una enfermedad crónica neurológica de mi hijo, me separé de mi pareja, y él siempre me alentaba. Escribo este texto y se me llenan los ojos de lágrimas, hablaba horas y horas por teléfono con Santiago, de todo, también hablaba en su casa, en la Facultad, ayudó a otra compañera de la carrera a conseguir trabajo, me ayudó a contener a la familia de esa misma compañera cuando ella murió en un accidente aéreo. Cuando me presenté a concurso en la Universidad Nacional de General Sarmiento ante todas las trabas que me pusieron, me alentaba a que defendiera mis derechos, que no me dejará maltratar como lo estaban haciendo en ese momento. A mí me gustaron muchos las palabras de Jorge Gugliotta en un homenaje a Santiago, dijo algo como esto: ‘Santiago era un perdedor en los ‘90 con orgullo de dónde estaba parado en esa derrota’. Eso era importante, eran los ‘90 y todo se derrumbaba. Hablábamos de la política en los movimientos sociales, de los problemas de los conceptos, me contaba asuntos de Quilmes, de los retrocesos en el mundo del trabajo pero también charlábamos de algunos triunfos como la ordenanza del Consejo de

Tierras en Quilmes y su compromiso, aunque indirecto, por las vinculaciones con algunos dirigentes que militaban la cuestión de la tierra allí. Hablaba de la política en el barrio que observaba y sus tensiones. Luego él presentó su proyecto sobre HIV-sida y me dijo que me incorporé al mismo, así que empecé a trabajar sobre eso y fue ahí cuando Santiago murió. Intentamos buscar quien lo dirigiera para continuar el trabajo, insistimos mucho pero fue imposible.

Lo veo a Santiago como un tipo que investigaba mucho y que no tenía un pelo en la lengua y no ocultaba dónde estaba parado: del lado de los trabajadores, y buscaba denunciar las terribles condiciones que atravesaban, pero haciendo antropología. El había trabajado con su inmobiliaria en Quilmes durante la dictadura para poder sobrevivir y eso le daba un conocimiento extra de su municipio, estaba muy anclado allí. Santiago es el relato de la antropología argentina: sobreviviente de la dictadura, reconstructor de la carrera como nueva generación, resistiendo el neoliberalismo en los '90 y su muerte temprana a los 50 años que no le permitió ver momentos mejores.

Me invitó a escribir un capítulo para el libro que editó para la materia Antropología Sistemática y a dar charlas en algunas clases. Me respetaba muchísimo como mujer y madre, en el sentido de saber que mis tiempos eran difíciles para la investigación pero estábamos ahí discutiendo de todo y ayudando a todos. En fin, lo extrañó horrores y dejó de escribir porque me envuelve mucha tristeza y se me hace un nudo en la garganta, y porque quiero rescatar la suerte que tuve de conocerlo.”

Las emotivas y agudas reflexiones de María Cristina Cravino nos acercan nuevamente al Santiago pedagogo, a aquella persona que mientras enseñaba a investigar contenía a sus estudiantes o a los jóvenes ante situaciones más o menos adversas en sus vidas. Con su afectividad y compromiso, asumo, procuraba impedir la renuncia a la experiencia de producción de conocimiento, o, desde otro ángulo, impedir que la universidad reconquistada luego de la dictadura militar se tornara un reducto exclusivo de los sectores de elites.

Como ya mencioné, la última investigación reconocida institucionalmente que desarrolló Santiago fue aquella relativa a HIV-SIDA y usuarios de drogas inyectables en el sur del área metropolitana de Buenos Aires, especialmente en los distritos de Quilmes y Florencio Varela. No me referiré en extenso a esa investigación porque es la única que esta publicada enteramente en forma de libro póstumo (Wallace, 2000), solo quiero señalar que todo lector o lectora que se detenga a observar el diseño de la grilla para las entrevistas advertirá que el tema allí nuevamente es la política y los trabajadores; particularmente, el intento por comprender las direcciones que tomaban los cambios de la estructura social y productiva en la vida de los sectores populares urbanos. Por un lado, sitúa el

problema del uso de droga en los equilibrios de fuerzas internacionales, en la intervención social y estatal en ese campo, en la incidencia de la desocupación y la subocupación en los espacios donde se movían los sujetos, en la existencia o ausencia de movimientos sociales y políticos, en los modelos y formas de uso de droga, y en la vinculación entre sida-drogas. Cuando leí este trabajo, supe inmediatamente que Santiago había comprendido profundamente lo que sucedía durante la década de los años noventa en esos barrios populares, fragmentos de antiguos cordones industriales del conurbano bonaerense. Recordé cómo mi abuela, quien continuaba habitando en Villa Fiorito durante esa década, un barrio del área sur del Gran Buenos Aires, donde yo había nacido a principios de los años setenta y pasado mi infancia, me relataba la muerte de mis amigos de la niñez, mayormente los varones, infectados con el virus de HIV debido al consumo inyectable de drogas, habiendo intentado “rescatarse” en alguno de los tantos templos evangélicos que comenzaban a erigirse en la zona.

Los testimonios citados en dicho libro resultan impactantes y mantienen una vigencia estremecedora. En uno de los apartados dedicados a la descripción de las condiciones de vida de esos jóvenes, Santiago sostiene que entre quienes contaban con algún trabajo relativamente estable, la mayor parte de ellos eran precarios, otros estaban desocupados y otro tanto subocupados. Entre las ocupaciones sobresalían, para el caso de los varones, changas en la construcción y servicios; para mujeres, tareas domésticas en casa de familias o el cuidado de personas de mayor edad; además, en ambos casos, se registraban trabajos extremadamente eventuales como ser coordinadores de grupos en las instituciones terapéuticas de rehabilitación del consumo de drogas donde habían realizado sus tratamientos o *trabajar en política* en torno a referentes barriales. El análisis de las entrevistas, le permitió establecer la comparación que había quedado trunca cuando no se logró el financiamiento para el proyecto sobre trabajo y subjetividad. Al respecto, afirmaba que los significados subjetivos del trabajo entre estos jóvenes presentaban disimilitudes con los de aquellos formados en la cultura del trabajo para quienes la dignidad, el esfuerzo y los logros materiales y simbólicos eran representaciones asociadas al trabajo formal, en cambio, en este caso esos valores más otros como obligaciones, rutinas, cumplir y ser honestos daban sentido a aquello que definían como *el trabajo de rehacer sus vidas*. Entre la fragilidad y la fortaleza, se trata de una definición absolutamente humana que nos trae ese registro de campo de Santiago entre jóvenes de sectores populares, definición que no podemos esquivar aquellos que fuimos siguiendo las alternativas de vida de personas que comenzaron a ser alcanzadas por políticas de transferencia condicionada de ingresos para realizar labores comunitarias ante el aumento del desempleo y la precarización laboral,

proceso este último que Santiago no llegó a conocer en toda su extensión y profundidad.

Santiago fue un pedagogo, político y afectivo. Abrazó a cada estudiante que lo necesitó para que no renuncié a la experiencia de la vida universitaria. Nos enseñó a investigar y nos ayudó a construir redes y sustentos para producir de manera autónoma, pero colectivamente, conocimiento. Nunca nos convirtió en fuerza de trabajo para que lo produjéramos como un eximio académico puesto que nos producíamos conjuntamente como personas e investigadores dignos en el debate interno y fraterno, en la escucha atenta, y en las ganas inconmensurables de comunicar nuestras ideas en cada uno de esos espacios que con su voluntad militante abría y habitábamos. Santiago nos unió con trabajadores, con sus antiguos compañeros del peronismo revolucionario, con jóvenes de ese conurbano empobrecido, con activistas de los más incisivos movimientos sociales urbanos. Santiago no entrelazó con colegas de otras universidades para que sigamos andando juntos en el pensar y el hacer. Santiago propició la fuerza creativa del encuentro quebrando fronteras, la charla no se circunscribía a un espacio -el aula- ni a un tiempo -las horas cátedras-, los desbordaba para colarse en cada bar de Buenos Aires, en las viviendas, las comidas y las fiestas. Santiago era extremadamente riguroso en sus investigaciones, en la construcción metodológica y conceptual, por eso unió campos académicos que suelen pensarse como escindidos, a los cuales imbricó por su enfoque político del trabajo y los trabajadores. Santiago nos volvió a unir para componer este texto, volvimos a llorar por su trágica muerte, y lo volvimos a admirar y aplaudir por la vida que compartimos. Este año, Santiago hubiese cumplido 71 años, es probable que estuviese atendiendo a sus trámites jubilatorios pero sí es seguro que hubiese estado con cada uno de nosotros en la lucha por la defensa de la educación pública, el sistema de ciencia y técnica, y el derecho de los trabajadores. Santiago ciertamente estaría golpeado por los nuevos procesos liberales y fascistas que recorren Sudamérica pero atendiendo aquello que nos recordaron Gloria y Marta, la experiencia -según W. Benjamín - puede ser desoladora para quien lucha, pero raras veces lo conduce a la desesperanza. Por eso mismo, con Santiago estaríamos estudiando mucho, abriendo espacios de encuentro, acercándonos a nuestros estudiantes, caminando cada lucha, y escuchando el silencio para intuir resistencias donde suponemos que solo hay aceptación y sumisión. Por todo ello, cierro este homenaje con esa reflexión suya que tanto nos conmovió a mediados de la década del '90:

“La sumisión y la resistencia se desarrollan también -y quizá prioritariamente -en el campo de las prácticas, en el del sufrimiento psíquico y corporal, o sea, en el campo de

un sufrimiento las más de las veces silencioso. Es en este nivel –que muchas veces no tiene expresión verbal, ideológica, ni política- en el que quizá se estén gestando espacios posibles de resistencia” (Wallace, 1998: 257)

Bibliografía

- Grimberg, Mabel (1991), “La salud de los trabajadores. En búsqueda de una mirada antropológica”, en *Cuadernos e Antropología Social*, N° 5, Buenos Aires, pp. 9-32.
- Grimberg, Mabel (1997), *Demanda, negociación y salud. Antropología social de las representaciones y prácticas de trabajadores gráficos, 1984-1990*. Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC.
- Manzano, Virginia (2013), *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida del Gran Buenos Aires*, Rosario, Prohistoria Ediciones
- Wallace, Santiago (1991) “La construcción social de la salud - enfermedad: el caso de la cervecería y maltería Quilmes”. *Tesis de Maestría en Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Wallace, Santiago (1991a), “Tras las huellas de cien años: la cerveza y los trabajadores cerveceros”, en *Cuadernos e Antropología Social*, N° 5, Buenos Aires, pp. 79-103
- Wallace, Santiago (1998), “Trabajo y subjetividad. Las transformaciones en la significación del trabajo”, en Neufeld, María Rosa; Grimberg, Mabel; Tiscornia, Sofía; y Santiago (Comp.): *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*. Buenos Aires, EUDEBA, pp. 251-258
- Wallace, Santiago (1998a): “Hacia un abordaje antropológico de los movimientos sociales”, en Neufeld, María Rosa; Grimberg, Mabel; Tiscornia, Sofía; y Santiago Wallace (Comp.), *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*. Buenos Aires: EUDEBA, Pp. 329-357.
- Wallace, Santiago (2000), *Consumo de drogas y VIH-SIDA. Representaciones y prácticas sociales*, Buenos Aires, EUDEBA.